

La
Escama
del
Dragón
FERNANDO GONZÁLEZ

loqueleg

Para Lucio y Maximiliano.
Life is what happens to you
While you're busy making other plans
JOHN LENNON

Para Dai.
¿Quién fuera Lennon y McCartney,
Sindo Garay, Violeta, Chico Buarque?
¿Quién fuera tu trovador?
SILVIO RODRÍGUEZ

(F. G.)

Prólogo

Última Esperanza

Había una vez, hace mucho tiempo, un mundo muy diferente al nuestro. En esa época las catapultas y las torres de asalto eran las máquinas más poderosas. Sólo las flechas surcaban el cielo y no existían armas más temibles que las espadas. La mayoría de las personas vivían en el oscurantismo, dominadas por los miedos y las supersticiones. Los reyes, los caballeros y los magos eran los seres más poderosos. Los primeros construían sus castillos en las faldas de las montañas escarpadas, rodeados de riscos, precipicios y fosos profundos. Los caballeros se hacían llamar Señores de la Guerra y vagaban por la región en busca de fama y fortuna. Mientras que los magos eran miembros de una cofradía antigua a quienes casi todos respetaban y también temían. Esta historia sucedió en ese entonces, en una región lejana de la que se sabe muy poco. Su nombre era Última Esperanza y la información llegó hasta nuestros días a través de leyendas transmitidas de boca en boca o en fragmentos de viejos pergaminos.

Cuentan que en Última Esperanza existió un reino extenso; hacían falta muchos días a caballo para atravesarlo de un extremo a otro. Dentro de sus fronteras se levantaban aldeas prósperas rodeadas de valles fértiles. También ríos caudalosos y bosques centenarios, muchos de ellos inexplorados. Durante largo tiempo había sido un país de enfrentamientos salvajes. Los aldeanos solían ser reclutados a la fuerza y obligados a servir bajo las órdenes de los caballeros más crueles. Vestidos con harapos, hambrientos y mal armados, peleaban y morían por los intereses de los Señores de la Guerra. Se enfrentaban en luchas fratricidas por el control de unos metros de terreno o el derecho de cruce de un río, sin importarles cuántas vidas se perdían en cada aventura.

Los días violentos duraron hasta que un guerrero poderoso, de nombre Rudataro Ranocyrus, logró pacificar el país. Fue una larga campaña, pero Rudataro se había rodeado de doce magos, los más sabios de su época, quienes lo aconsejaron y acompañaron durante el tiempo que duró la cruzada. Gracias a ellos y al conocimiento del arte de la estrategia, pudo vencer a sus enemigos y fundar un reino en el cual emergió como amo y señor. Desde ese momento fue conocido como Rudataro I, rey de Última Esperanza.

Los tiempos turbulentos fueron seguidos por años de paz. El rey Rudataro era respetado en todo el país y junto al Círculo de los Doce –como se conocía a los magos– se dedicó a construir una ciudad fortificada en el centro del reino, la que se convirtió en el símbolo de su

grandeza. Cuando al cabo de algunas décadas estuvo terminada, se la bautizó Fortalba y sus muros de piedra blanca adquirieron fama de impenetrables. Decían que un conjuro protegía sus murallas contra cualquier enemigo y que el sortilegio duraría mientras el Círculo de los Doce se mantuviese unido.

Pero nada es eterno, y aunque fueron muchos los años de paz y prosperidad, esos tiempos quedaron atrás. Poco después de finalizada la construcción de Fortalba, el mago Itzor comenzó a conspirar. Su ambición no tenía límites, pensaba que debía ser él quien rigiera los destinos de Última Esperanza, sustituyendo a Rudataro. Con sigilo y en secreto fomentó las discrepancias dentro del Círculo de los Doce, y aunque al principio los magos se respetaban, las pequeñas diferencias fueron alimentadas hasta convertirlas en posiciones irreconciliables. Las mañas del conspirador y el odio que destilaban sus palabras lograron que la mayoría de los magos se alejaran de la ciudad sin dar indicios de su paradero. Finalmente, solo quedaron Itzor y Brilonte.

Brilonte era el más viejo, un mago demasiado sabio para dejarse influenciar por rumores infundados. Fue él quien, armado de su inteligencia y guiado por la lealtad que le profesaba a Rudataro, desenmascaró al traidor. Enterado de la conjura, el rey desterró a Itzor, pero ya era tarde, el mal estaba hecho. Al momento de marcharse, en un último acto de soberbia, el mago traidor lanzó una maldición contra el rey, contra la ciudad y contra sus habitantes. Después partió sin dejar rastros.

Así comenzó una época de tristeza en el país. Aunque la maldición no asustó al rey, logró ensombrece su vida. Su carácter naturalmente afable se agrió, convirtiéndolo en un hombre malhumorado e intolerante. Rudataro estaba cansado y no era el joven que había luchado sin desmayo para llevar la paz a cada rincón de su reino. Tampoco contaba con aliados, pues del Círculo de los Doce sólo quedaba Brilonte, pero incluso con él dejó de reunirse. Con el tiempo se alejó de las fiestas y los banquetes, abandonó las cabalgatas y los recorridos que realizaba por el reino, y terminó rehuyendo el contacto con las personas. Viejo y enojado, se encerró en las habitaciones más aisladas del palacio. Por esa razón los habitantes de Última Esperanza llegaron a pensar que estaba enfermo o que había muerto. Algunos –los más jóvenes, aquellos que jamás lo habían visto en persona y que solo sabían de él por el relato de los mayores–, dudaban de su existencia y creían que era un personaje inventado.

Con el paso de los años el comercio, que se había hecho próspero en tiempos de paz, comenzó a menguar. Ladrones y bandoleros volvieron a asolar los caminos sembrando el terror entre las caravanas o en las aldeas más aisladas. Incluso algunos Señores de la Guerra, recordando los viejos tiempos y anhelando los privilegios que habían perdido, comenzaron a acariciar el sueño de repartirse el país cuando Fortalba cayera.

Fue en ese preciso instante, mientras la tormenta más devastadora parecía precipitarse sobre Última

Esperanza amenazando arrasar todo lo bueno, que sucedieron los extraños acontecimientos que se relatan a continuación.

Ahora es tiempo de leyenda, de escuchar las voces que llegan del pasado.